

# *Hacia una Antropología Industrial*

Por *Claudio Esteva-Fabregat*

*El creciente esfuerzo industrializador en Latinoamérica implica la movilización de mano de obra del campo hacia las ciudades. El autor discute aquí algunos de los problemas que surgen como consecuencia de esta situación, así como también las técnicas que deben emplearse para amainar dificultades.*

## *El hombre y la industria*

**L**A expansión industrial de México y los países hispanoamericanos, planteada sobre una base de urgencia, de cumplimiento a corto plazo de una aspiración de poder e independencia económicos, está exigiendo grandes cantidades de peonaje, de técnicos y personal dirigente en una escala de presión social jamás antes igualada en la historia económica de Hispanoamérica.

En torno a esta industrialización se están movilizand o miles de hombres del campo a la ciudad y a los centros fabriles, atraídos tanto por los salarios más altos que percibirán, como por el aliciente que supone formar parte de un mundo para ellos nuevo, el urbano, más rico, más inteligente y heterogéneo, y, ¿por qué no? también más vivo por menos monótono.

El hombre del campo busca en la ciudad, a través de la fábrica, el crecimiento de su personalidad. La ciudad es una aventura que promete libertad y riqueza. La luz, el ritmo nervioso del mundo industrial, la sorprendente vitalidad social de las gentes, el culto a la diversidad, la movilidad y la ilusión del lujo constituyen, tanto como los salarios, el incentivo que mueve al hombre rural hacia la industria.

Y las ciudades se llenan de peonaje, de hombres rudos y simples, y las fábricas se convierten en receptáculos de una nueva humanidad. Técnicos apresuradamente convertidos en especialistas por las instituciones académicas, oficiales de industria rápidamente adiestrados y muchos miles, millones, diremos, de hombres asociados a las máquinas y peonaje todavía inhábil para usarlas, están apareciendo como seres dependientes de la organización industrial.

La industria, en Hispanoamérica, como en otras partes del mundo, es ya una realidad que ha penetrado las formas de vida de estos pueblos y define la estructura de la personalidad social del tiempo hispanoamericano.

Desde luego, el peonaje rural se ha vertido sobre las ciudades en forma de aluvión. Estos millones de hombres construyen edificios y manufacturan artículos de consumo, pero también destruyen la estabilidad de las sociedades donde coexisten y disocian la personalidad propia.

El caso es que, mientras la industria está en condiciones de utilizar rápida y productivamente a estos hombres, la sociedad no. Porque en tanto el problema de la industria consiste en organizar la eficiencia de sus hombres y sus máquinas con vistas a un rendimiento calculado, la sociedad enfrenta un problema distinto. La cuestión social

acusa otros límites; se refiere a la conducta asociativa de los miembros del grupo y de la sociedad y a su capacidad para convivir sin conflictos perturbadores del orden social.

La realidad misma de la sociedad industrial y urbana, con sus complejas manifestaciones sociales, nos muestra una extraordinaria inestabilidad emotiva del hombre, un profundo descontento para consigo mismo y con su medio constitutivo. Y esto ocurre a pesar de que el hombre mismo es, con respecto del pasado, un ser mejor alimentado, más rico en experiencias y más asistido en técnicas y recursos mecánicos de vida.

Hoy podemos observar la extraordinaria criminalidad de las ciudades, la tremenda presión emotiva que tiene que soportar el hombre en ellas, y la inestable personalidad que se desenvuelve en torno del sentimiento de la novedad, del colosalismo en el esfuerzo y de la situación de compra y venta que prevalece en la conciencia social de la humanidad urbana.

Y este conjunto de fuerzas de tensión movilizadas por el hombre agita a la sociedad, la impulsa hacia una neurótico necesidad de ascender y adquirir más posición todos los días. Sistemáticamente adiestrado para vivir en tensión, el ritmo de su sociabilidad se distingue por una extraordinaria capacidad de simulación, que llevada a las relaciones interpersonales mantiene la estabilidad de los grupos de unión y asegura la continuidad asociativa de la personalidad. Estos mecanismos de relación forman parte del control social urbano, son constituyentes del patrón de comportamiento de sus miembros.

### *Los recursos psicológicos de la personalidad urbana*

El hombre de la ciudad, nacido en ella, cuenta con recursos emotivos y psicológicos diversificados que le permiten establecer un mínimo de adaptabilidad social y constituir con ella sus asociaciones efectivas sin inmediatas peligrosidades para el modo y la seguridad del grupo como un entero.

Los controles sociales, formando una conciencia ética en la conducta del individuo urbano por nacimiento, han creado, por lo mismo, ritos de sociabilidad capaces de mantener la cohesión social del grupo. Esto quiere decir que, a pesar del esfuerzo nervioso de la vida urbana, existen instrumentos de adaptación suficientemente poderosos para estabilizar el comportamiento de sus miembros de origen.

### *Estructura fundamental de la personalidad rural*

Ocurre todo lo contrario con este peonaje recientemente asociado a la vida industrial. Por su origen rural, los recursos psicológicos y adaptativos de que disponen estos individuos para convivir dentro del medio urbano son, durante la primera fase asociativa, inadecuados a su capacidad ético-social.

Esto se explica si tenemos en cuenta que toda comunidad rural se distingue por su organización cultural comparativamente homogénea que, en contraste con las sociedades urbanas e industriales, dispone de controles sociales directos muy severos, especialmente en cuestiones éticas. Los miembros de un grupo campesino, debido a su propinquidad física y a una participación social de convivencia más inmediata y cooperativa, tienden a experimentar un comportamiento más homogéneo y también más controlado. Esto se debe a que la comunidad como un entero se expresa con mayor capacidad policíaca; tiene, en definitiva, más censura ética, ejerce un control casi directo de la conducta de sus miembros.

Dentro de estas comunidades, el individuo se comporta conforme a un patrón ético-religioso tradicional, poco diversificado. El individuo rural se distingue, por lo general, por estar sometido a rutinas e instituciones poco móviles. Su estatuto social se expresa en términos de una cohesión establecida por la fuerza combinada de la edad y la ética, reforzadas ambas por vínculos sociales duraderos. El conjunto de esta situación se transmite de padres a hijos y hace improbable, o por lo menos muy difícil, la trasgresión de las normas instituidas, y por lo mismo los controles sociales permanecen bien integrados en la conciencia individual y colectiva.

Un hombre del campo es, por lo tanto, un sujeto social bien integrado a un sistema de vida fundamentado en tradiciones, rígido y estable, coherentemente concertado con el paso lento y bien tamizado con que son acogidos los cambios de ideas y costumbres. La ideología rural tiene bien tiempo digestivo; tiene reposo, es cautelosa y carece de libertad en sus movimientos éticos.

Este individuo, trasladado por la demanda de la industria a las fábricas y a las ciudades, se encuentra psicológicamente mal protegido, mal preparado para estructurar una buena organización ética y social de personalidad, ya que tanto el ritmo de necesidades como el grupo de instrumentos adaptativos que se requieren para vivir en una ideología urbana son muy diversificados

y exigen una considerable flexibilidad psicológica; todo lo contrario de lo que ha sido su adiestramiento social de origen.

El peligro que presentan estos individuos, en su arranque jeonaje industrial, es doble. Por una parte, tienden a disociar su personalidad, a debilitar sus defensas sociales, en vista de la situación de presión que enfrentan. Ahora el ritmo de su participación social es más tenso y requiere una educación sistemática de los factores nerviosos, que ellos no poseen, y mayor aprendizaje cultural. Por otra, el calor de su primera confusión adaptativa, al amparo de algunos fracasos asociativos y protegidos por una inevitable laxitud y relajamiento de los controles sociales de origen, y por lo mismo, escudados en la adquisición de una extraordinaria libertad física y ética, este peonaje adquiere una gran peligrosidad social, se convierte en grupo potencialmente disolvente, incapaz por sí mismo de dirigir su vida en términos de personalidad estable.

Específicamente, este peonaje, en un principio destaca por su mala conducta familiar, por su pobre sentido de responsabilidad, por sus inestables asociaciones afectivas, por su pobre religiosidad, por defectuosos sentimientos de solidaridad e inadecuado estilo de convivencia. En definitiva, por su ineficaz rendimiento social.

Esto quiere decir que la simple adquisición de una mejor técnica profesional no basta como solución social. Se hace indispensable crear condiciones extraprofesionales que sirvan para integrar al trabajador socialmente a la nueva sociedad —urbana— en la que ha pasado a ser miembro activo.

Si en principio se requiere un entrenamiento profesional que asocie al trabajador al logro de una amplia eficiencia técnica, también resulta innegable la necesidad de producir una contraparte que llamaríamos orientativa del nuevo carácter social, contribuyendo a la hechura de un hombre psicológicamente productivo.

### *Hacia una Antropología Industrial*

En virtud de esta clase de problemas, todos ellos relacionados con la expansión industrial de Hispanoamérica, en México, concretamente, se ha definido una extraordinaria proyección de frustraciones en las necesidades psicológicas del individuo, que por mal resueltas están amenazando la seguridad social de la sociedad urbana. Mientras más amplio está resultando el crecimiento industrial y la capacidad técnica de Hispanoamérica, mayor también está siendo la inestabilidad constitutiva de la estructura social del carácter humano.

La consecuencia que se deriva de tal situación parece, pues, obvia. Si la industria es en sí misma una solución económica para los pueblos, un engrane fundamental en el progreso de las naciones modernas, ¿es igualmente parejo el mejoramiento moral y psicológico que introduce en estas sociedades?

A esta pregunta debemos contestar con un negativo. El problema real suscitado por esta industrialización, siendo de tipo económico, mantiene también una inevitable extensión sociológica mayor que debe ser estudiada y atendida. De la misma manera que se planifica la organización industrial mediante el adiestramiento de los trabajadores con vistas al conseguimiento de habilidades técnicas, también es indispensable constituir organismos de ciencia social aplicada capaces de plantear y trazar las soluciones a los problemas derivados de los efectos de la industrialización sobre la organización social.

Esto quiere decir que si es indispensable instruir técnicos que hagan marchar las máquinas y cuidar de la producción, también no es menos necesario elaborar un conocimiento de las causas que producen la disociación social y con ello el malestar y la peligrosidad de los hombres dentro de su sociedad. Si bien el adiestramiento técnico deberá dar lugar a rendimientos eficientes en el trabajo, pues éste es su objeto, y por lo tanto beneficiará económicamente a las empresas y a un grupo humano, poco podrá hacer, en cambio, para convertir a estos hombres en buenos ciudadanos.

De ahí parte la necesidad de agregar antropólogos sociales en las planificaciones industriales del futuro, pero también en las del presente, en cuanto su presencia puede mejorar en algunos casos deficiencias sociales producidas por una mala adaptación, y en otras establecer las bases experimentales para que no se repitan, o por lo menos para que disminuyan.

Esto proporcionará resultados importantes en la eficiencia social del trabajo, y por lo mismo resultará en seguridad para la industria, porque resolver los problemas humanos de adaptación mediante la cual el hombre obtenga la triple seguridad social, económica y psicológica, constituirá un beneficio positivo para las empresas y, extensivamente, para la sociedad.

Planteamos la necesidad de que sea precisamente la Antropología Social la que se haga cargo de la investigación de tales problemas. ¿Por qué no otra ciencia social? La respuesta que nosotros damos, es la siguiente: La Antropología Social ha demostrado una capacidad concreta para resolver problemas humanos de conjunto.

En México, el Instituto Nacional Indigenista, encargado por el gobierno mexicano de la incorporación del indio a la vida nacional, debe mucho de su crédito a la aportación de los antropólogos sociales. La planificación por éstos realizada constituye un descubrimiento de las posibilidades de su ciencia y una ayuda incuestionable para la sociedad mexicana.

El secreto de los éxitos de la Antropología Social Aplicada parte de sus métodos de investigación y de su enfoque integralista de los problemas y de la vida humana. La idea fundamental con la que trabaja el antropólogo social está rigurosamente conectada con el principio de que todo problema humano está condicionado dentro de relaciones interpersonales mayores y que la producción de un fenómeno social es interdependiente con el todo de la sociedad donde se produce.

Sin embargo, existen ciertas claves en la conducta humana que tienden a enfatizar la Antropología Social por corresponder a lo que consideramos como zonas sensibles y vitales de la organización humana. Nos referimos al patrón de cultura, a la estructura socio-económica, y a la organización familiar. A través del estudio de tales procesos, y apoyada en la extensión integralista con que investiga a la sociedad y a la cultura, la Antropología Social ha conseguido éxitos reconocidos en el mundo de las ciencias sociales.

En rigor, los problemas son planteados desde un enfoque puramente dinámico. Se recurre al estudio sistemático de las formas objetivas de comportamiento y con ellas el investigador tiende a interpretar las condiciones mismas de la situación humana mediante el descubrimiento de los estímulos que las sugieren.

En el caso concreto de la inserción de trabajadores del campo en la industria, los problemas de conflicto que resultan de una adaptación psicológicamente inadecuada del hombre rural en sus relaciones con la sociedad urbana, producen, como hemos visto, extensiones de seguridad social peligrosas, sociológicamente susceptibles de desintegración, que interesan a la población o ciudad donde se expresan.

Anticiparse a su manifestación, prever su dinámica en una escala científica y establecer las bases para una solución, aunque no sea ésta total, significa poder planear los cambios sociales e invertir en seguridad social, algo tan importante como el éxito puramente técnico y económico que una industria pueda obtener en una simple inversión financiera.

Lo antecedente ha servido para dar justificación a una necesidad no resuelta en la industria moderna. Debe irse, bien a través de instituciones bancarias privadas u oficiales, o bien por medio de las corporaciones industriales, a la constitución de secciones de estudios sociales que podrían ser llamadas de "Antropología Industrial Aplicada", que, contando, al principio, con un reducido grupo de especialistas, estudiara los diversos problemas de los trabajadores en relación estrecha, funcional, con su sociedad. Aunque al margen de los aspectos puramente tecnológicos, si bien no desvinculados de ellos, los aludidos especialistas estudiarían aquellas cuestiones que explican la situación más amplia del trabajador de industria, proponiendo asimismo las soluciones que permitirán la adecuación humana al trabajo sin traumas disociadores de la personalidad.

La finalidad de estos departamentos sería de tipo aplicado, promoviendo o facilitando la adaptación del trabajo al medio social concreto en que se vive, partiendo del concepto integralista, antropológico, de que el hombre es un todo social y biológico, que para estar psicológicamente sano necesita vivir dentro de una sociedad también psicológicamente sana. Producir objetos y artículos con máquinas es menos importante que producir hombres, que son los que al fin y al cabo producen las máquinas. El trabajo humano debe verse como un problema integral relacionado con factores técnicos, biosicológicos y socioculturales. No puede ser estudiado separadamente del medio social y de las realidades de la vida diaria. Esto quiere decir que los aspectos técnicos y psicológicos pueden ser modificados por los procesos sociales producidos en el exterior de la fábrica o el taller y a la inversa.

